

Amos Oz

Tierra de chacales

Relatos escritos entre 1962 y 1965,
y revisados en 1975

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

A Nily

Índice

Tierra de chacales	11
Nómadas y víbora	31
La inercia del viento	51
Antes de tiempo	75
El monasterio trapense	99
Fuego extraño	123
Todos los ríos	153
Arreglar el mundo	181
Una piedra hueca	193
En esta mala tierra	227

Tierra de chacales

1

Finalmente cesó la ola de calor.

Una ráfaga de brisa marina atravesó la sofocante densidad del aire y abrió grietas de frescor. Primero llegaron suaves rachas vacilantes, y las copas de los cipreses se estremecieron de placer, como si, desde las raíces, una corriente hubiese recorrido sus finos troncos.

Al atardecer, arreció el viento de poniente. La ola de calor fue empujada hacia el este, desde la llanura costera hacia los montes de Judá y desde los montes de Judá hacia el valle de Jericó, y desde allí hacia los desiertos de escorpiones al este del Jordán. Parecía que había sido la última ola de calor. El otoño estaba cerca.

Los niños del kibutz inundaron las parcelas de césped con sus estridentes gritos de alegría. Sus padres llevaron hamacas desde los porches hacia los jardines. No hay regla sin excepción, solía decir Sashka. En esa ocasión, él fue la excepción al encerrarse en su habitación para añadir un nuevo capítulo a su libro sobre los problemas a los que se enfrenta el kibutz en los nuevos tiempos.

Sashka era uno de los fundadores de nuestro kibutz y uno de sus más destacados activos. Un hombre fornido, rubicundo y con gafas. Tenía un rostro sensible y agradable, con una expresión de seguridad paternal. La actividad de Sashka era frenética. El agradable viento de la tarde que entraba en la habitación le obligó a poner un cenicero encima de los rebeldes papeles. Una entusiasta honestidad palpitaba en él y pulía sus frases. Los nuevos tiempos, se decía Sashka, necesitan nuevos conceptos. Lo importante es que no nos estanquemos, que no nos repitamos, que seamos enérgicos y estemos alerta.

Los muros de las casas, los tejados de cinc de los cobertizos, los tubos de hierro amontonados junto a la carpintería empezaron a desprender todo el fuego que habían acumulado durante la ola de calor.

Galila, la hija de Sashka y de Tania, estaba duchándose con agua fría. Tenía las manos juntas sobre la nuca y los codos tensos hacia atrás. El cuarto de baño estaba en penumbra. Su cabello rubio, que le caía pesadamente sobre los hombros, también le parecía oscuro. Si hubiese aquí un espejo grande, tal vez me pondría enfrente y contemplaría mi cuerpo. Despacio, con calma. Como si mirase la brisa marina que está soplando fuera.

Pero el cuarto de baño era pequeño, casi una celda cuadrada, y allí no podía haber ningún espejo grande. Por eso, los movimientos de Galila eran rápidos y tensos. Se secó precipitadamente y se puso la ropa limpia. ¿Qué quería Matitiahú Damkov de mí? Quería que fuese a su casa después de cenar. Cuando éramos pequeños, nos gustaba observarlo, a él y a sus caballos. Pero perder la tarde en una sudorosa habitación de soltero, eso es demasiado. Ha prometido darme pinturas llegadas del extranjero, es cierto. Pero, por otra parte, la tarde es corta y no tenemos más horas libres. Somos jóvenes trabajadoras.

Qué confuso y desdichado parecía Matitiahú Damkov cuando me ha cerrado el paso y me ha dicho que fuese a verlo después de cenar. Y esa mano agitándose, cortando el aire, intentando arrancarle palabras al viento del desierto, y esa boca como de pez fuera del agua, sin lograr encontrar las palabras que buscaba. «Justamente esta tarde. Te conviene venir un momento», eso ha dicho, «ya verás lo interesante que te resulta. Un momento. Y también es muy... importante. No te arrepentirás. Son telas y pinturas que usan los artistas profesionales. También. De hecho, ha sido mi primo León, que vive en Sudamérica, quien me ha enviado todo eso. Y yo no necesito pinturas ni telas. ¿Qué voy a hacer yo con eso? Es todo para ti, pero tienes que asegurarme que vendrás».

Al recordar esas palabras, Galila sintió náuseas y júbilo. Pensó en la fascinante fealdad de Matitiahú Damkov, que la había

elegido a ella para legarle las telas y las pinturas. Pues voy a ir a ver de qué se trata y por qué precisamente yo. Pero no me quedaré en su habitación más de cinco minutos.

2

En las montañas, la puesta de sol es brusca y abrupta. Nuestro kibutz se encuentra en la llanura, y las llanuras alargan su caída y amortiguan el impacto. Lentamente, como un ave de paso cansada, cae la oscuridad sobre el lugar. Primero se oscurecen los almacenes y los graneros, que no tienen ventanas. La oscuridad no los lastima al llegar, porque jamás los abandona del todo. Después es el turno de las viviendas. Un temporizador acciona el generador. Sus latidos, desde el final de la cuesta, son como un corazón palpitante, como un tambor lejano. Las venas de electricidad despiertan a la vida y una corriente oculta recorre nuestras delgadas paredes. En ese momento surge la luz en las ventanas de la zona de veteranos. Las piezas metálicas situadas en lo alto del depósito de agua recogen los últimos destellos de luz y los retienen durante un buen rato. Por último, también se ensombrece el pararrayos de hierro situado en lo alto del depósito.

Los ancianos continúan descansando en las hamacas. Como objetos inanimados, permiten que la oscuridad los cubra sin oponer resistencia.

Antes de las siete, el kibutz empieza a moverse hacia la explanada del comedor. Despacio. Unos charlan sobre lo que ha ocurrido hoy, otros conversan sobre lo que hay que hacer mañana, y otros no dicen nada. Es el momento en el que Matitiah Damkov sale de su madriguera y se relaciona con las personas. En ese momento no es una excepción. Cierra con llave la puerta de su habitación, deja tras él los estériles y solitarios objetos inanimados y se dirige hacia la bulliciosa vida del comedor.

Matitiahu Damkov es un hombre pequeño, delgado y oscuro. Es todo huesos y músculos. Tiene los ojos estrechos y hundidos, las mandíbulas algo torcidas y una constante expresión de llevar razón: ya os lo había dicho. Llegó aquí justo después de la Segunda Guerra Mundial. Procedente de Bulgaria. Dónde estuvo y qué hizo, Damkov no lo cuenta. Y nosotros no le pedimos cuentas a nadie. Tiene por ahí algún intervalo sudamericano. Y también bigote.

El cuerpo de Matitiahu Damkov es una ingeniosa obra de artesanía: un torso delgado, juvenil y fuerte y con una elasticidad casi antinatural. Qué gran impresión causa ese cuerpo en las mujeres. En los hombres provoca una nerviosa incomodidad.

La mano izquierda de Matitiahu Damkov puede juntar el pulgar y el meñique. Entre el pulgar y el meñique hay un espacio vacío. De hecho, dice Matitiahu Damkov, a lo largo de la guerra la gente también perdió más de tres dedos.

Durante el día, trabaja en la herrería. Su torso desnudo brilla por el sudor. Los músculos bailan bajo su piel tersa como muelles comprimidos. Suelda piezas y tubos, endereza herramientas torcidas y recompone utensilios viejos. Su mano derecha, la completa, es lo suficientemente fuerte como para levantar el pesado martillo y dejarlo caer sobre los objetos con furia refrenada.

Hace muchos años, Matitiahu Damkov herraba los caballos del kibutz con una destreza que encandilaba a todo el mundo. Parece ser que, ya en Bulgaria, se dedicaba a la cría de caballos. Algunas veces, señalaba con desgana alguna vaga diferencia entre los caballos de tiro y los caballos sementales, y recordaba a los niños congregados a su alrededor que su socio o primo León y él criaban los caballos más valiosos entre el Danubio y el mar Egeo.

El día que el kibutz dejó de utilizar caballos, el oficio de Matitiahu Damkov cayó en el olvido. Algunas chicas recogían herraduras abandonadas y las usaban para adornar las habitaciones. Solo los niños que habían visto el arte de herrar, solo ellos

recordaban a veces la destreza, el dolor, el olor embriagador, la agilidad. Galila solía mordisquear una trenza clara mientras, desde la distancia, lo miraba con unos ojos rasgados, oscuros, los ojos de su madre, no los ojos de su padre.

Ella no vendrá.

No me creo sus promesas.

Le doy miedo. Y es suspicaz como su padre y lista como Tania. No vendrá. Y si viniese, no se lo diría. Y si se lo dijese, no se lo creería. Iría a contárselo todo a Sashka. Con palabras es completamente imposible. Pero aquí están la gente y la luz: que aproveche.

En cada mesa relucían los cubiertos, y también las jarras de metal y las bandejas del pan.

—Hay que afilarlo —les dijo Matitiahú Damkov a sus vecinos de mesa, mientras cortaba en finas tiras las cebollas y los tomates y añadía sal, vinagre y aceite—. En invierno, cuando haya menos trabajo, afilaré todos los cuchillos del comedor y también arreglaré el canalón. De hecho, el invierno ya está cerca. Creo que esta ola de calor ha sido la última. Este año el invierno nos va a pillar desprevenidos.

En un extremo del comedor, junto al pasillo que conduce al cuarto de las calderas y a la cocina, una maraña de enjutos veteranos, calvos o con el pelo blanco, se amontonaba alrededor del periódico vespertino. Las hojas habían sido separadas y vagaban entre los lectores. Filas de «suscriptores» se agrupaban alrededor de las distintas secciones del periódico. Y, entre tanto, algunos hacían comentarios. Otros miraban fijamente a los comentaristas con una expresión senil, cansada y jocosa al mismo tiempo. Y también había otros que escuchaban sin hablar y con una pena callada en su rostro. Esos, como decía Sashka, eran los más leales, los que realmente se dolían del sufrimiento del movimiento obrero.

Mientras los hombres se congregaban alrededor del periódico y se ocupaban de la política, las mujeres se agolpaban junto a la mesa del coordinador de los turnos de trabajo. Tania alzaba la voz en señal de protesta. Su rostro estaba consumido y sus

ojos, afligidos y cansados. Con el cenicero de latón que tenía en la mano golpeaba la mesa al ritmo de sus quejas, lo primero, lo segundo y lo tercero. Su cuerpo, inclinado sobre los horarios de trabajo, parecía sometido al yugo de la injusticia que se le había infringido o que se le iba a infringir. Tenía el cabello gris. Matitahu Damkov escuchaba su voz, pero no captaba lo que decía. Sin duda, el coordinador intentaba zafarse con dignidad de la ira de Tania. Y ella, recogiendo inesperadamente el fruto de la victoria, se incorporó y se dirigió directamente a la mesa de Matitahu Damkov.

—Y tú, Matitahu Damkov, sabes que tengo muchísima paciencia —dijo—. Pero todo tiene un límite. Si mañana a las diez de la mañana el marco no está soldado, pondré el kibutz patas arriba. Todo tiene un límite.

El hombre contrajo los músculos de la cara de tal modo que su fealdad se potenció y se intensificó hasta lo insoportable, como una máscara de payaso, como una aparición espantosa.

—En realidad —dijo en voz baja—, no hay razón para que te pongas así. Tu marco lleva ya varios días soldado, y no has ido a recogerlo. Ven mañana. Ven cuando quieras. A mí no hay que apremiarme para que haga mi trabajo.

—¿Apremiarte? ¿Yo? Ni una sola vez en toda mi vida me he atrevido a meter prisa a un trabajador. Perdóname. Estoy segura de que no te has ofendido.

—Yo no me ofendo —sentenció Matitahu—. Todo lo contrario. Yo ni siquiera me inmuto. Buenas noches.

Esas palabras han puesto punto y final a los asuntos del comedor. Es hora de irse a la habitación, encender una pequeña luz, sentarse en la cama y esperar en silencio. ¿Y qué más? Ah, sí. Tabaco. Cerillas. Cenicero.

4

La corriente eléctrica palpita en venas entrelazadas y lo ilumina todo con una luz agotada: nuestras pequeñas casas de tejado rojo, nuestros jardines, los caminos de cemento resquebrajados,

los cercados y los vertederos de chatarra, el silencio. Son charcos de luz débil y turbia. Una luz vieja.

A lo largo de la alambrada que delimita el perímetro hay postes de madera, regularmente distribuidos, con focos de vigilancia encima. Esos focos intentan iluminar los campos y los barrancos hasta los pies de las montañas. Un pequeño círculo de tierra labrada regado por las luces de la alambrada. Pero fuera de ese círculo hay noche y silencio. Las noches de otoño no son negras. Aquí no. El color de las noches es casi morado. Un resplandor morado parece brillar sobre los campos, los huertos y los frutales. Los frutales ya han empezado a amarillear. La suave luz morada envuelve las copas de los árboles con infinita compasión, difumina las aristas y elimina la distancia entre lo animado y lo inanimado. Esa luz nocturna distorsiona el aspecto de los objetos inanimados y les infunde una especie de vibración fría y susurrante, una vibración venenosa. Por otra parte, ralentiza a los seres vivos nocturnos, suaviza sus movimientos y falsea su carácter escurridizo. Por eso nosotros no podemos percibir a los chacales cuando salen de sus madrigueras. Inevitablemente nos perdemos la imagen de su suave hocico desgarrando el aire, de sus pezuñas flotando sobre los terrones de tierra, casi sin rozarlos.

Los perros del kibutz, ellos son los únicos que captan ese movimiento encantado. Por eso gritan por la noche llevados por los celos, el terror y la rabia. Por eso patean el suelo y luchan con sus cadenas casi hasta dislocarse el cuello.

Un chacal adulto sin duda se habría alejado de la trampa. Ese era un cachorro, redondito, tierno, erizado, que se vio atraído por el olor de la sangre y la carne. No saltó neciamente hacia la trampa, es cierto. Solo se dejó llevar por el aroma y se deslizó hacia su perdición con pasos diminutos y precavidos. Una vaga señal de alarma que resonó en sus venas le hizo pararse varias veces. Se detuvo junto a la trampa, petrificado, en silencio. Era gris y paciente como la tierra. Un temor impreciso le llevó a aguzar las orejas, pero no oyó nada. Los olores nublaron sus sentidos.

¿Fue una casualidad? Decimos que la casualidad es ciega, pero la casualidad nos mira con mil ojos. Ese cachorro aún era

tierno y, aunque percibiera los mil ojos que estaban clavados en él, no pudo comprender lo que querían decir.

Un muro de cipreses viejos, polvorientos, rodean el campo de frutales. ¿Cuál es el hilo invisible que va de lo inanimado a lo animado? Nosotros buscamos el extremo de ese hilo con desesperación, furiosa y compulsivamente, nos mordemos los labios hasta sangrar, entornamos los ojos frenéticamente. Los chacales conocen ese hilo. Suaves corrientes lo agitan, van de cuerpo a cuerpo, de ente a ente, de vibración a vibración. Y allí hay desencanto y paz.

Al final, la criatura inclinó la cabeza y acercó el hocico al cebo de carne. Había olor a sangre y olor a grasa. La punta del hocico del cachorro de chacal estaba húmeda, temblorosa, babeante, tenía el pelo erizado y sus tiernos músculos se agitaban. Su pata delantera se acercó al fruto prohibido, ligera como la niebla.

Llegó la hora del hierro frío. Con un golpe metálico, leve y preciso, se cerró la trampa.

El animal se quedó petrificado. Tal vez pretendía engañar a la trampa fingiendo ser un ser inanimado. Sin voz ni movimiento. Durante un largo rato, los dos midieron sus fuerzas. Lentamente, con dolor, el animal despertó y volvió a la vida.

Furtivamente, los cipreses empezaron a moverse, inclinándose e irguiéndose, doblándose y meciéndose. Abrió la boca, y por sus pequeños dientes chorreaba espuma burbujeante.

De pronto lo embargó la angustia.

Con un salto desesperado intentó escapar y librarse de la condena.

El dolor desgarró todo su cuerpo.

El cachorro se tendió sobre los terrones de tierra, e inspiró, espiró, inspiró.

Después de esos sucesos, el niño abrió la boca y empezó a gritar. El sonido de su llanto se propagó e inundó los profundos espacios de la noche.